



PERSPECTIVAS

Fernando Salvador
Escritor.

El militar y el poeta

Una noche de crudo temporal en 1983, fui elegido presidente de la Sociedad de Escritores de Chile-Angol-Malleco. En todo el territorio el pueblo chileno, cansado de tanta oscuridad y opresión, daba los primeros pasos de su liberación. Las organizaciones culturales, sociales y políticas buscaban mejores caminos para alcanzar la ansiada libertad.

Algunos meses antes, Angol había dado la bienvenida a un joven teniente coronel que llegaba a ocupar la Gobernación Provincial de Malleco y la Comandancia del Regimiento Infantes de la Muerte del General José Miguel Carrera. Su nombre: Ricardo Izurieta Caffarena. Casi en la misma fecha, llegué a la llamada "Ciudad de los Confines".

El país se encontraba sumido en una capital de protesta y rebelión. Los odios rebotaban con más fuerza, y el justo derecho de libertad y justicia social se acallaba con represión, cárcel y exilio. En lo personal, había sufrido el rigor de la tortura y la cárcel.

Angol parecía ajena a todas estas laceraciones. Era un oasis de paz entre las humaredas y protestas nocturnas que ululaban en todos los rincones de Chile. Parecía que la lluvia que masticaba los tejados y el sol pleno de ardiente vitalidad hacían que sus habitantes vivieran sus propias historias entre Huacú y El Cañón.

Sin embargo, el temor acechaba en cada esquina, ligado al recuerdo del joven Risco, desaparecido a comienzos del régimen militar. Algo teníamos que hacer para emancipar nuestros corazones.

Fue en el verano de 1984, cuando invité por Martín Cerdá, presidente de la SECH, y el colectivo de escritores jóvenes de Simpson 7, después más inquisitivos. Ese año, como una forma más de hablarle a la huma-



nidad, Chile conmemoraría el natalicio N° 80 del Premio Nobel Pablo Neruda. Grandes homenajes se desarrollaban en todo el mundo.

El regreso a Malleco me hizo modificar sobre la urgencia de que los angolinos hicieran algo diferente, novedoso, audaz y propositivo. Nació así, el Comité Neruda 80 años Angol-Malleco. Era febrero de 1984.

Convencido de que podríamos sufrir al-

gún traspie y para evitar reacciones de la autoridad, el directorio aceptó que me entrevistara con el gobernador provincial para darle a conocer nuestro programa. No fue fácil convencerlo puesto que las desconfianzas eran muchas y mutuas.

La mañana era gris el día que entré al viejo edificio que cobijaba a la primera autoridad de Malleco. Por primera vez, después de 11 años, estreché la mano de un uniformado.

Con botas de caballería, impecable guerrera y una fusta sobre su escritorio, Izurieta, el joven coronel, me recibió con la energía de un fogonero y la seguridad de un cirujano. Hablamos de la guerra y la paz, de historia, de poesía, de sueños y deberes. Finalmente, le expuse mis intenciones.

Al finalizar, tal vez sorprendido por la audacia y atrevida propuesta, me dijo, con la mayor cordialidad: "yo también soy nerudiano, claro está que separo al poeta del político".

Le respondí que a los hombres debe recordarse tal como fueron, y que no imaginaba al capitán Arturo Prat separado de su investidura de abogado.

La despedida fue acerada y cortés.

Como el tiempo pasaba y no había respuesta, insistí semanalmente. En mayo, me invitó a su despacho, para comunicarme, que bajo su responsabilidad y mando, autorizaba las jornadas destinadas a celebrar el natalicio del poeta.

"Gobernador -le dije-, ¿y qué hay de la construcción del monolito?" Meditó en silencio y respondió: "También lo autorizaré, cuente con mi palabra de soldado. Pero usted me responde por la tranquilidad de la ciudad y los actos de su grupo", sentenció.

Nervioso, sólo atiné a decir: "Gracias gobernador, cuente con mi palabra de escritor".

El 23 de septiembre de 1984, ante premios nacionales, diplomáticos, invitados especiales, en la Plaza El Mirador (hoy Plaza de los Poetas) inauguramos el monolito que honra la memoria de Neruda, el primero que Chile levantó en su homenaje.

Dieciséis años después, cuando el general Ricardo Izurieta Caffarena se apresta a dejar la Comandancia en Jefe del Ejército, es justo recordar que, gracias a su gesto, la ciudad de Los Confines no sólo erigió un monolito a Neruda, sino que despertó a la conciencia social en esos años y se sumó a la lucha por la libertad.

Las jornadas nerudianas en Angol duraron más de 4 meses y, en su marco, hubo diversas manifestaciones de rechazo al régimen: actos masivos, actividades culturales, trabajos puerta a puerta y protestas pacíficas. Hasta que abandonó la ciudad, en 1985, no hubo ninguna actitud represiva ni de violencia por parte de las fuerzas que política y militarmente estaban bajo el mando del gobernador Izurieta.

Antes de su asunción como comandante en jefe, me encontré con él en la embajada de China. Teniendo como contertulios a su Fraterno Mayor, nos estrechamos en un fraterno abrazo; luego, evocamos la hermosa tierra de Angol.

En estos años, el general Izurieta ha sabido ganarse el respeto de la inmensa mayoría de los chilenos.

En momentos en que él se prepara para dejar el mando, le decimos: buena suerte, general.

El militar y el poeta [artículo] Fernando Salvador

Libros y documentos

AUTORÍA

Salvador, Fernando

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El militar y el poeta [artículo] Fernando Salvador

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile